

Boldini

El discreto encanto de las cosas bellas



«La visita inoportuna», 1868, de Eduardo Zamacois



Retrato de Cléo de Mérode, que la crítica calificó de «Gioconda del XIX»

► Fundación Mapfre abre hoy en Madrid la primera exposición monográfica del retratista de la alta burguesía parisina y su influencia en artistas españoles

JESÚS G. CALERO
MADRID

Una mezcla imbatible de virtuosismo, mezclado con su éxito entre la alta sociedad de la época, valen a Giovanni Boldini (Ferrara 1842 - París 1931) el sobrenombre del «Paganini de la pintura». Ahora la Fundación Mapfre organiza por primera vez en España una exposición monográfica que dará a conocer la obra de este brillante retratista de bellezas y dandis, uno de los pintores más influyentes del París de los artistas al final del siglo XIX.

Es la época y el sabor proustiano de un tiempo perdido, de la seducción del esplendor que avanza lentamente hacia su fin, lo que surge de los pinceles de Boldini y puede contemplarse en la muestra, que han comisariado Francesca Dini y Leyre Bozal. La primera es una reconocida especialista en el pintor italiano, autora de su catálogo razonado, y la segunda ha logrado que la exposición refleje el influjo de Bol-

dini en los pintores españoles que acudieron a París –un influjo mutuo, en todo caso– como Fortuny, Madrazo, Zamacois, y también inter(re)ferencias con autores como Sorolla, Ramón Casas, Román Ribera y otros, tal vez menos claras. Todos ellos tienen presencia entre las 120 obras que integran la muestra, que estará abierta hasta el 12 de enero de 2020.

Boldini viene de Florencia, donde ya da muestras de un estilo que siempre interroga con un toque psicológico a sus modelos, rodeado de una gestualidad bastante temperamental, como se ve en el retrato de Mery Donegany, en el que están definidas las bases de su personalidad pictórica y su preciosismo. También se intuye el catálogo de poses que dominarán los retratos, en el cuadro de un paje con lebril o en el mismo autorretrato del pintor mirando un cuadro. Y hay otras influencias, entre ellas una cierta mirada a la pintura áulica del XVII, como demuestra el retrato de un viejo y desdeñoso general español.

Pero sus manos aprenden rápida-



Cruces españolas en París

La exposición es meticulosa en la comparativa de la obra de Boldini con la de los pintores españoles que se forman en París. Aparte de los citados Fortuny, Madrazo y Zamacois, el público podrá entender paralelismos e influencias que van incluso a Sorolla (con un desnudo femenino más allá de lo erótico, señalaba la comisaria) o incluso con autores como Ochoa, Román Ribera, Masriera, Eduardo León Garrido o Martín Rico, entre otros. Los retratos de Madrazo, tal vez la influencia más evidente, compiten a todos los niveles con los de Boldini.

mente, las pinceladas se sueltan y cuando llega a París de la III República, en 1871, ya tiene un marcado peso en su obra la pintura de moda: cuadros de pequeño formato que desatan una fiebre entre las familias poderosas.

Mientras el impresionismo llega a Montmartre, Boldini se esfuerza en representar la alegría de vivir del gran mundo, aunque también será perceptible, y creciente con los años, el perfume de la decadencia.

Condesas de mirada perdida y elegantes vestidos, señoras lánguidas de generosos escotes en salones suntuosos, siempre con poses efectistas o ficticias (impagable la «Pareja en traje español –él disfrazado de torero, ella de bailaora con guitarra y todo– con pagayosos») como si fueran remedos burgueses de las alegorías de Lady Hamilton, se codean con las bellezas de la época como la bailarina y musa Cléo de Mérode. Si fueran fotos de móviles, esto sería el «top ten» del Instagram de los alrededores del Folies Bergère, al que dedicará algún cuadro.

Es seguramente en esta época en la que Boldini se gana a pulso esa fama de superficialidad que la crítica y sobre todo el mercado tratan de limpiarle en los últimos años con resultados